LAS ESTRATEGIAS DE LA ARAÑA[1]

Jorge Ramírez Caro
Universidad Nacional
Universidad de Costa Rica

Este artículo posee un doble cometido: primero analiza algunas estrategias tanto discursivas como político-ideológicas divulgadas por Estados Unidos a través de los medios masivos aliados para persuadir y sesgar la opinión pública a favor de una guerra global contra el terrorismo; segundo, destaca el uso nunca aclarado ni contextualizado de conceptos como rebeldes, terroristas, violencia, guerra y ayuda humanitaria con que se pretende ocultar la realidad y confundir a la opinión pública. Se le hace un llamado al lector para que consuma crítica y autocríticamente toda la información vertida por los medios masivos sobre los acontecimientos desatados después del once de setiembre en el país del norte: con la versión que unilateralmente se nos está imponiendo se busca chantajearnos y persuadirnos para que nos alineemos a favor de la política y de la economía globalizada estadounidense.

This article has a two purposes: first of all, it analyzes some discursive and political-ideological strategies also divulgated by United States mass allied media to persuade and slant the public opinion in behalf of a global war against terrorism; second, it emphasizes a use neither clearly-stated nor contextualized of concepts like rebels, terrorists, violence, war and humanitarian help which aim at hiding the reality and confusing the public opinion. It calls the reader to analyze critically and self-consciously all the information spilled by the mass media about the events unchained after September the eleventh in the northern nation: with the version that is unilaterally imposed on us in order to blackmail and persuade us to become allies in favor of global United States politics and economy.

Los acontecimientos originados por el atentado del pasado 11 de septiembre 2001 en Nueva York y en Washington han puesto de manifiesto de qué lado están los medios masivos, cuál es su objetividad y a cuál verdad se refieren cuando hablan de ésta. No sólo han estado allí para cubrir las noticias, sino que su cobertura se ha convertido en un disfrazamiento de la realidad, en un ocultamiento de las verdaderas causas del terrorismo y en una culpabilización del *otro* de las actuales condiciones en que se encuentran las economías mundial y local. Más que por un intento de dar una información veraz y objetiva, las agencias internacionales de noticia, los medios escritos, radiales y audiovisuales locales se han empeñado en maximizar las dimensiones de los estragos y de las consecuencias del acto terrorista con el fin político-ideológico de persuadir a sus lectores, radioescuchas y teleaudiencia para que se pongan del lado del coloso del norte. La única alternativa que encuentra el consumidor de medios es afiliarse-aliarse a Estados Unidos. Para conseguir este cometido los medios insisten en bombardearnos con imágenes, discursos y mensajes que funcionan como una inmensa telaraña invisible para las asustadas presas: porque el pánico es una de las principales estrategias utilizadas en esta campaña ñantiterroristaò.

En este artículo me propongo dos propósitos: analizar las estrategias políticas, económicas y sicológicas empleadas por los medios masivos para vendernos la idea de que es mejor estar del lado

---

[1]Publicado en *Revista de Ciencias Sociales* (San José: Universidad de Costa Rica) n. 94 (2001): 125-139.

de la política y de la economía globalizadas de la potencia del norte; y develar algunos conceptos frecuentes en los medios que, en lugar de aclarar o explicar los fenómenos, tienden a ocultarlos y a confundir a la opinión pública. El lector se podrá dar cuenta de que los medios, en lugar de destejer y aclarar las marañas discursivas que se manejan aquí y allá lo que hacen es tejer y enredar más discursos con tal de crear el caos y ocultar las verdaderas razones de la guerra-terrorismo. Bombardeado masivamente, el lector termina atrapado en una red de información cuyo carácter veraz y objetivo es abortado en beneficio de un carácter retórico y publicitario cuyo único objetivo es vender la imagen de una nación exponente y defensora de los más elevados valores de las sociedades civilizadas, democráticas y libres del mundo occidental.

Las estrategias

Por más de un mes, los medios no dejaron de trasmitir, recontar y reconstruir las escenas del acto terrorista del pasado once de septiembre. El lenguaje poseía un tono de lamento. Las historias no salían del marco amarillistas y de la espectacularidad con que buscaban conmover. Los rostros de los periodistas no dejaban de estar compungidos. La cámara no lloraba porque tal vez aún no han encontrado una loción para que lo hicieran, así como lo hacen los actores y las actrices en las telenovelas y en las películas. El gobierno estadounidense y los medios masivos todavía no renuncian a la idea de vendernos, a como dé lugar, la imagen del siervo doliente, humillado y oprimido por las fuerzas siniestras de las sombras. La simplificación de los conflictos que hacen los medios es escandalosa: ya no existen países de Primer Mundo y países de Tercer Mundo, ya no existen países ricos y países pobres. El mundo ahora está dividido en países no terroristas y en países terroristas, en buenos y en malos países. Yo aún me resisto a creer que la tragedia estadounidense haya sido mayor que las sufridas por los países del Tercer Mundo que ningún medio masivo publicitó lo suficiente para enterar a otros que no fueran a los familiares de las víctimas.

Una mirada crítica en medio de tanto llanto y de tantas lamentaciones pone en evidencia que lo pasado en la realidad no dejará de pasar en los medios, porque forma parte de una estrategia política, económica e ideológica para persuadirnos de que lo más cuerdo y civilizado es estar del lado del coloso del norte, gigante humillado que hoy llora la pérdida de sus protegidos. La finalidad de esta campaña masiva es tejer una inmensa red para chantajearnos emotiva, sentimental y moralmente con tal de que nos solidaricemos, no sólo con las víctimas inocentes, sino también con el gobierno del norte en su guerra contra el terrorismo.

Este chantaje comienza con el lavado de cerebro para fabricar consenso y poder administrar gubernamentalmente la opinión pública nacional y mundial: más que destruir físicamente a sus fuerzas enemigas en el campo de batalla, a la nación del norte le interesa primero que todo llevar a cabo una guerra de desprestigio para ganarse el apoyo de la comunidad global. Para lograr este consenso utiliza varias estrategias infalibles: las presiones económicas y políticas, y los juegos o chantajes sicológicos. Con las dos primeras la nación poderosa persuade a los jefes de Estado y a los sectores influyentes y con la última gana terreno en la gente común a través del miedo y la amenaza que representa y materializa la existencia del otro demonizado. Se utiliza la formula ñsi esto nos pasó a nosotros que somos una nación poderosa, imagínense lo que le podría pasar a cualquier otra naciónò. O también: ñSi nosotros hemos sido blanco de estos desalmados terroristas, todos los demás países pueden serlo: nadie está libre de ser atacadoò. La expresión oficial y que los medios han divulgado hasta la saciedad es: ñEste ha sido un ataque, no sólo contra Estados Unidos, sino contra todo el mundo libre y sus más preciados valoresò.

Para llegar a particularizar y que cada quien se sienta víctima del atentado, se ha recurrido a señalar las nacionalidades de las víctimas para plantear: ñNo sólo los estadounidenses han sido

víctimas de los terroristas, sino también los latinoamericanos y demás gente de bien que murieron en los atentadosò. La onda expansiva, centralizadora y asimiladora es cada vez más abarcadora: se parte del centro (Estados Unidos) y se va ramificando país por país hasta hacerlo extensivo a la expresión el ñmundo civilizadoò o en el más abarcador de los casos ñla Humanidadò. Esta especie de espiral envolvente cuenta como aliado los medios masivos dependientes y subordinados a las grandes agencias de noticias que ï aunque nunca lo expliciten- trabajan en conjunto con el Departamento de Estado. Estados Unidos aparece como quien materializa y defiende los valores de la Humanidad: ñEste ha sido un atentado contra la Humanidadò.

En sentido contrario, para convertir al *otro* en una verdadera amenaza mundial se maximiza su potencial destructivo, su inhumanidad y su conducta demencial y satánica. El *otro* es constantemente asociado a todas las fuerzas ocultas e irracionales y con todos los enemigos que el ser humano tiene codificados en el alma y que quienes gobiernan a nuestros pueblos explotan con mucho acierto en su propio beneficio. Si durante la Guerra Fría, estas fuerzas destructivas estaban asociadas al Comunismo, en la actualidad se vinculan con la droga y el terrorismo. Para la nación del norte el enemigo no es un problema simple y definido en todas sus acciones. Lo hace aparecer como algo complejo y vinculado a muchas redes, ubicuo, omnipresente: puede estar en cualquier parte, sobre todo en aquellas en las que históricamente se ha tenido al imperialismo norteamericano como el principal enemigo. La ecuación más común recurre siempre a emparentar un mal con otro para que el resultado y el efecto sean más contundentes en la mente y en los corazones de las personas. Por ejemplo, actualmente el terrorismo es asociado con el narcotráfico y con una serie de imágenes y símbolos religiosos cuyas expresiones más comunes son el fundamentalismo, el radicalismo y el fanatismo, propios de una época oscura y atrasada en la que el ser humano parece más una bestia sin libertades, sujeto a un destino que no le pertenece ni puede gobernar. Este tipo de planteamiento impacta fuertemente en los individuos enseñados por los medios masivos a escoger, gozar de libertades y comodidades que la nueva época ofrece para el ser humano sin fronteras políticas, económicas e ideológicas.

El fin último de estas estrategias discursivas es ganar mentes y corazones a favor de un modelo político, económico y militar mediante el chantaje emotivo, emocional y sicológicamente. La adhesión a este nuevo modelo tendría sus repercusiones en el campo cultural e identitario: no sólo se nos vende el modelo de mercado global, sino también los valores que lo envuelven y promocionan la sociedad civilizada, libre y democrática, al estilo inconfundible de Estados Unidos. A la sociedad modelo no le importa cómo se venda el producto. Lo importante es adornarlo, revestirlo y etiquetarlo con los nombres más llamativos, persuasivos y sugerentes para que los incautos crean y consuman. Una vez adquirido el producto, esta misma sociedad se encargará de custodiarlo y velar porque los consumidores se apeguen a las instrucciones que acompañan al producto: no es válido que ningún comprador adultere la receta original o la utilice para otro fin que no sea el impuesto por el modelo[2].

Tal y como lo presenta el modelo, para que se lleve a cabo la mundialización de la economía y asegurar la subsiguiente implantación de los valores de las sociedades libres y democráticas se debe

[2] Estados Unidos creó a Bin Laden: lo adiestró, lo armó y le dio apoyo logístico para que expulsara a los soviéticos comunistas de Afganistán. Comportándose de este modo, Bin Laden era una pieza inapreciable para los intereses políticos, ideológicos y económicos de la nación del norte. Pero al utilizar los recursos que le brindara el gendarme del norte en contra de la política colonizadora e imperialista, Osama se convierte, no sólo en el traidor, sino en el enemigo número uno de los intereses económicos, políticos e ideológicos de Estados Unidos: no es bueno ni conveniente que el petróleo esté custodiado por un terrorista que, además, es no cree en las leyes del mercado global.

contar con un poderoso aparato militar bien estructurado y adiestrado para enseñar a creer que donde ponen la bomba y la bala siembran automáticamente el desarrollo, el progreso y el bienestar para todos. Con esta prerrogativa, este ejército cree que libera y salva pueblos cada vez que edifica sus campamentos y sus grandes emporios comerciales encima de los cadáveres de sus adversarios[3]. Estas demostraciones de poder y de capacidad para imponer estilos de vida ajenos tienen la finalidad de hacer creer a los pueblos, sobre todo a sus dirigentes, que el progreso, el desarrollo y el bienestar necesitan y requieren de guardianes bien armados para que ningún enemigo pueda obstruir o truncar la salida de la pobreza al bienestar. A los jefes de Estado se les hace creer que sus vecinos fronterizos están empeñados en que no salgamos adelante y que se están armando fieramente para hacemos la guerra. Asustados por estos cucos, nuestros ñlíderesò se embarcan en la carrera armamentista por el codiciado progreso, pero lo que hacen es caer en la red de la araña, en uno de los tentáculos más poderosos de la industria armamentista: se convierten en consumidores de armas que estas industrias estadounidenses no querían dejar perder en sus bodegas. Estas armas sólo sirven para despresupuestar a nuestros países y para demostrarle al vecino que acá también podemos volar fuego: que nunca vaya a creer el otro que nos va a engañar con sus fingidos planes de solidaridad, de armonía y de paz. Tarde nos damos cuenta de que los únicos que salen ganando con nuestros pleitos caseros y con la vecindad son las industrias armamentistas del norte.

Comprarle armas a las industrias armamentistas norteamericanas (o de cualquier parte) es similar a comprar ropa o carros usados: el país del norte nunca vendería los últimos modelos de sus primicias bélicas, sino aquellos que de ninguna manera utilizaría en una confrontación armada con nuestros pueblos. Ingenuo aquel que piense que quien pretende dominar político-militarmente al mundo va a vender sus mejores armas al *otro*. Mientras sus misiles son ñinteligentesò, los nuestros terminarán estallándonos en nuestras propias manos, matando a nuestros propios hermanos y cavando la fosa donde vamos todos a parar. Nos matamos con inventos ajenos queriendo alcanzar y vivir valores y sueños prestados.

Por encima de todo esto, sobrevolando como gallinazos que esperan que haya sangre o que algo se muera para precipitarse sobre la presa y devorársela, están los medios masivos. En los actuales conflictos, por ejemplo, la finalidad de estos medios es la de construir una imagen de legitimidad y procurar la adhesión de la comunidad internacional a favor de las acciones bélicas emprendidas por la nación que se presenta como víctima de los atentados terroristas. Evitan estos medios cualquier explicación contextual que muestre las causas de la emergencia de grupos guerrilleros, terroristas. Jamás se menciona el habitual proceder de Estados Unidos en los países donde ha entrado como perro por su casa. Jamás se menciona que esta nación, para acabar con los insurgentes y con los terroristas, contrata a mercenarios o a otros terroristas para que hagan la parte sucia: Estados Unidos no quiere aparecer con las manos sucias de sangre para poder acusar a otros de tenerlas, como señaló Bush. Ningún medio explica que la actual guerra tiene una capacidad destructiva mucho más grande que la razón por la que se lleva a cabo. Ninguna de las agencias internacionales denuncia la verdadera razón por la que a Estados Unidos le interesa tanto Afganistán y todos estos otros países petroleros del Medio Oriente. Invitan estos medios a ñexpertosò en publicitar las intervenciones salvadoras de la nación titánica, experta también en resolver conflictos allí donde tiene fundados intereses políticos, militares y económicos.

[3] Es la misma estrategia utilizada por los españoles durante la conquista de América: creían que civilizaban y evangelizaban cada vez que destruían bibliotecas y templos de los nativos para levantar conventos e iglesias para adoctrinarlos y convertirlos a la religión oficial. Para la lógica del imperialismo colonizador la mentalidad y la lógica del otro no cuentan.

En los paneles, ruedas de prensa y entrevistas montados por estos medios masivos sólo invitan a personalidades cuya trayectoria ideológica está bien definida y cuya afinidad incondicional por el orden establecido y con la nación del norte está más que jurada. Estos eminentes ñexpertosò exponen sus puntos de vista, no basados en conjeturas, sino derivados de un ñconcienzudo análisisò de los hechos con tal de ñorientar y concientizar a la opinión públicaò. De la cabeza de estos analistas internacionales, como de la mía, emergen todos los fantasmas ideológicos acuñados para estigmatizar a los del bando contrario. En lugar de categorías analíticas y conceptuales, el telespectador es asaltado por una sarta de estereotipos consabidos que lo que hacen es refrescar, reforzar prejuicios e impedir una distinta comprensión de los fenómenos. El espectador común no cae en la cuenta de esta estrategia: el recurso a la autoridad para convencer y persuadir. El público termina diciéndose: ñSi los expertos en la materia dicen que *los otros* son nuestros enemigos y los enemigos de la Humanidad, así debe serò.

Otra estrategia es considerar que las palabras, las decisiones y las acciones de los líderes aliados y las mismas del presidente estadounidense son las más loables, ecuánimes, ejemplares y sabias, mientras las de *los otros* son ridiculizadas, rebajadas y envueltas en expresiones como fundamentalistas, radicales, fanáticas, descabelladas, absurdas, suicidas, insensibles, extremistas, inhumanas... A los líderes del otro lado político-ideológico siempre se les trata como déspotas y tiranos, nunca como jefes de Estado o como gobernantes legítimos. Los medios masivos acumulan a su alrededor una serie de imágenes y representaciones que sugiere el descrédito, la descalificación y la condenación política, moral y religiosa a la que deben ser sometidos. Como expresaba el embajador de Israel, Daniel Gal: ñEstas personas son demonios. Son los demonios de esta Humanidadò (*7 Días*, 15 de octubre, 2001). Los medios masivos al enfatizar en las debilidades morales y espirituales del otro buscan sesgar el apoyo que la comunidad internacional les podría brindar: los líderes del otro lado nunca aparecen asociados a reconocidas celebridades o vedette del mundo occidental.

La desmoralización de los líderes del otro lado tiene como finalidad estratégica desmoralizar también a sus seguidores o simpatizantes: ¿cómo es posible que alguien con uso de razón esté del lado de personas que más que altos dignatarios parecen bandoleros, asaltantes, narcotraficantes y terroristas? ¿Cómo es posible que el mundo no se dé cuenta de que estos seres representan los valores más retrógrados, absurdos e irracionales? Esta idea, repetida a diario por todos los frentes masivos cala hondo en la opinión pública que termina adhiriéndose y apoyando a quien paga por vender esa imagen negativa, peligrosa e inconveniente del otro: ñEstán conmigo o en contra míaò es la frase de Bush que lo sintetiza todo. La autoimagen sólo es posible levantarla gracias a la destrucción de la imagen del *otro*. En este proceso de construcción no hay valor alguno, puesto que el valorado lo es gracias al desvalorado, el santo gracias al demonio, el bueno gracias al malo, el vivo gracias al muerto, el humanizado gracias al deshumanizado[4].

Todo esto pone en evidencia la parcialidad que tienen los medios masivos supeditados al modelo informativo de los dueños del capital: consumimos del televisor lo que las agencias internacionales

[4] Siga el lector la campaña de desprestigio que ha emprendido Estados Unidos contra la candidatura de Daniel Ortega en Nicaragua dentro de la actual campaña antiterrorista declarada por la administración Bush. El hermano del mandatario del norte, Jeb Bus expresa: ñEl pasado y el presente de Daniel Ortega indican claramente que él ni entiende ni adopta los principios básicos de libertad, democracia y el libre mercado... Daniel Ortega es un enemigo de todo lo que los Estados Unidos representa, y él también es un amigo de nuestros enemigosò. En cambio, Enrique Bolaños es para Bus: ñun hombre cuyo pasado promete un futuro de libertadò. El clima que se está creando por los medios masivos es de desconfianza y temor al fraude en las elecciones a presidente en Nicaragua, porque los sandinistas pueden ser capaces de lo peor (LN, 30 octubre, 2001, p. 16A).

de noticias y el país que las patrocina quieren que consumamos. Pareciera que no hay diferencia entre los cometidos de las agencias noticiosas y los del Departamento de Estado. Rara vez se presenta una voz que desentona con el generalizado, diluvial y descontextualizado concierto planetario que montan estas agencias noticiosas: esta golondrina que no hace verano sólo es publicitada una sola vez, porque la noticia que vende es la que incita a la sangre, a la guerra. Lo que interesa es el espacio oportuno y propicio para vender juguetes bélicos a los países que se amedrenten con la amenaza que se ha hecho patente en Estados Unidos. Lo peor de todo es que el terror no sólo se nos presenta como una amenaza global, sino que se afinca en nuestro mundo cotidiano, familiar y privado a través del aparato de televisión que sólo presenta la versión de este lado del mundo y nos repite constantemente las amenazas de muerte del otro lado, amenaza que crece como sombra con la guerra bacteriológica que, según los medios, siembra psicosis en los estadounidenses y que todos somos posible blanco del bioterrorismo: el pánico es otra estrategia que se ha globalizado, las agencias de viajes, las compañías de aviación, las agencias de turismo, los mercados del placer han sufrido las consecuencias de este gran temor por viajar, pasear, invertir. Gracias a los medios masivos el miedo ya no conoce fronteras.

Desde el inicio el presidente Bush se aprovechó del dolor y de la emoción suscitados por los actos terroristas para obligar a sus aliados y a los países satélites a que le dieran su apoyo incondicional a la guerra. Manipuló las imágenes y las amenazas del otro para crear un consenso y hacer que la OTAN y l a ONU lo apadrinaran en una guerra unilateral. Quienes no lo hicieran explícitamente quedaban del lado de los terroristas y debían atenerse a las consecuencias. El primer ministro inglés, Blair, se dejó decir que apoyaba a Estados Unidos sólo porque Afganistán representa el principal abastecedor de la droga que se comercia y se consume en Inglaterra. En América Latina algunos mandatarios invocaron el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca para darle apoyo al país del norte. Se aludió a que los ataques terroristas contra Estados Unidos eran ataques contra todos los países americanos. Para que vea el lector hasta donde llega el servilismo de nuestros gobernantes, recuerde lo que sucedió con la Guerra de las Malvinas: Inglaterra invade el territorio argentino y Estados Unidos nunca invocó este Tratado para defender al país del sur, sino que se unió al agresor facilitándole ayuda logística y de inteligencia para derrotar a Argentina.

En esta oportunidad, los presidentes de los países latinoamericanos no esperaron mucho para expresar sus condolencias y su apoyo irrestricto a la potencia del norte. Más que por solidaridad, más que por verdadero espíritu humanitario, este apoyo huele más a temor, a cálculo y a conveniencia: en el futuro desean ser partícipes de las ganancias que el país del norte obtenga de este conflicto: petróleo y ampliación de las fronteras comerciales. ¿Quién va a creer que el gendarme del norte necesita de nuestras fuerzas para acabar con sus enemigos? Nos alineamos al criterio y a la iniciativa del señor del garrote, porque no tenemos fuerza moral para dejar de parasitar de guerras que otros emprenden para exponer en la vitrina del mundo sus armas y ejemplarizar con los muertos de otros pueblos el poder destructivo de sus juguetes. Presa de las bombas emotivas y sentimentales, hemos dejado que el colonizador nos recolonice y nos mueva a la solidaridad[5]. Amenazados y acorralados por las ofertas políticas y económicas no hemos sido lerdos en adherirnos a quien nos puede facilitar entrenadores militares y proveer de suculentos presupuestos para combatir a nuestros propios terroristas. El chantaje ha funcionado. Las celadas de la araña han dado su fruto: hoy por ti, mañana por mí, piensan los incautos.

[5] Esta misma estrategia es utilizada en los anuncios publicitarios: se echa mano de aquellos recursos que aviven los fantasmas del alma y se utilizan estrategias emotivas, afectivas y eróticas para bajarle las defensas racionales al espectador y prepararlo para el consumo.

No creo que esta fuera la única salida que le quedaba al mundo. No creo que nuestras posibilidades de vida se reduzcan a dos alternativas. No acepto que por miedo a quedarnos sin quien nos dé de comer tengamos que dar un sí, señor, como si fuéramos los seres más serviles del mundo. Este acto de irreflexibidad de los jefes de Estado latinoamericanos muestra también el borrón que hacen de nuestra memoria histórica: sin tantos rodeos le dicen sí a una potencia para que haga la guerra, no sólo a los terroristas, sino también a los inocentes que no serán identificados ni diferenciados por las bombas y las balas, caigan a la hora que caigan. Por más ñinteligentesò que sean los misiles, quienes los disparan parecen no serlo al seguir la misma lógica de los terroristas. Además, sin necesidad de hacerles un test, quienes rigen nuestros pueblos han demostrado no tener inteligencia para salvar a sus electores. Sólo han tenido en cuenta sus personales conveniencias e intereses y le han dado su apoyo al país que ha lanzado más bombas sobre millones de personas.

En un arrebato de enfado contra la magnificación de los otros, la conductora de *Cristina* se dejó decir en uno de sus programas: ñEstoy harta de la glorificación del mal y de las personas que glorifican a los que hacen el mal. Los malhechores son más famosos que Michael Jacksonò. Cristina protesta contra los medios que no dejan de pasar los rostros de los más buscados, pero no apunta su crítica contra el capital que paga porque se publiciten los actos terroríficos para mantener el clima de amenaza y mostrar la capacidad destructiva y maligna del *otro*. Tampoco protesta contra quienes requieren de esa magnificación de los malos para poder persuadir y ganar a su favor la opinión internacional para que no vea la diferencia entre terrorismo puro y terrorismo de Estado. Esta estrategia de magnificación del *otro* y de sus actos cumple la función de empequeñecemos más en el ámbito defensivo, pone más al descubierto nuestras debilidades y nuestras vulnerabilidades, rastrea y desorbita nuestros miedos y temores. Activa en nuestra memoria todos los fantasmas ancestrales del mal sembrados allí por quienes nos han colonizado. Al hacernos sentir falibles y expuestos, nos asustamos y corremos a enrolarnos en el bando de quienes puedan librarnos del monstruo que se nos ha pintado. Por esta razón Bush tiene palabras muy consoladoras para todos aquellos que se le alíen: ñTenemos la fuerza y el poder suficientes para darle caza a los terroristasò[6]. Esto es como un juego macabro: el mismo que te asusta te ofrece refugio y protección. En este contexto de pavor y miedo, la nación del norte aparece como el símbolo del poder protector, dador de seguridad y de alivio: es la imagen del Dios-Gallina que ofrece sus alas para acurrucar a sus polluelos. Este papel se asegura más con la maximización del otro y las demostraciones de poder que hace el gendarme: posee capacidad de movilizar a su favor todos los tratados, se autoadjudica el papel de defensor de la Humanidad y maniobra todos los recursos y tácticas para que avalemos sus decisiones unilaterales.

Pan y bombas

Otra manera de desvirtuar la percepción de los hechos es mostrando y realzando la buena voluntad de Estados Unidos hacia los países afectados por guerrillas, narcotraficantes y terroristas. El *terrorismo de Estado* se disfraza de generosidad y se le da el nombre de *ayuda humanitaria*. En la presente campaña contra el terrorismo, esta ayuda humanitaria consiste en dejan caer pan ahí mismo donde han arrojado primero bombas. Los medios masivos dan mucha cobertura a este acto

[6] ñNuestros helicópteros dejarán caer una lluvia de fuego sobre sus campamentos antes de que ustedes los puedan detectar en sus radares... Nuestras bombas son tan precisas que podemos enviárselas a ustedes a través de sus ventanas. Nuestra infantería está entrenada para actuar en cualquier clima y cualquier terreno de la tierra. Los soldados de Estados Unidos disparan con buena puntería y están equipados con armas superioresò, señalaba un mensaje emitido por estadounidenses en dos idiomas locales sobre Afganistán (LN, 18 octubre, 2001, p. 19).

de generosidad del país titán, resaltan los esfuerzos que se realizan para hacer llegar esa ayuda y colocan a los aliados a los terroristas como obstaculizadores, saboteadores y boicoteadores. El *otro* nunca deja de mostrarse con actitudes y acciones insensibles, mientras la nación del norte aparece perfilada como la potencia más generosa del mundo. No se le explica al consumidor de medios que esta ayuda no es para el pueblo en general, sino para quienes han sido desplazados, para la gente que se ha refugiado en las fronteras por abandonar su lugar de residencia, sus campos de cultivo: Estados Unidos quiere subsanar parte del daño emocional, psicológico, social, político, económico antes de que se le venga encima el mundo. Por otro lado, los medios se han encargado de recordarle a los lectores, radioescucha y telespectadores un conjunto de categorías que más que explicar, ocultan las causas del surgimiento de la pobreza y del terrorismo. En este apartado me permitiré destacar algunos de esos términos que poseen un uso bastante difuso y móvil, manipulados de acuerdo con los intereses de quienes manejan los medios masivos.

En alguna revista de circulación tercermundista apareció una caricatura en la que un mendigo pide limosna en una calle citadina y un adinerado le ofrece un pedazo de pan y un arma. El mendigo mira ávido el pan y extrañado el arma y no sabe si recibir la oferta o si rechazarla. Está ante una disyuntiva: si no recibe el pan se muere de hambre y si lo acepta, en señal de agradecimiento, va a tener que asumir el arma y ponerse al servicio y matar para defender el sistema que bajo la máscara de generoso oculta su verdadero rostro criminal. Creo que la percepción que tuvo este caricaturista de los años ochenta es diáfana y elocuente porque esta imagen sirve y funciona como clave para analizar e interpretar los acontecimientos de la campaña desatado después del pasado once de septiembre del 2001.

En su primer discurso sobre el ataque a Afganistán, Bush habla de la efectividad y contundencia de los primeros cincuenta misiles sobre puntos neurálgicos de los terroristas: "Al mismo tiempo, el pueblo oprimido de Afganistán conocerá la generosidad de Estados Unidos y sus aliados. Junto con el ataque a objetivos militares, también arrojaremos alimentos, medicinas y suministros a los hambrientos y sufrientes hombres, mujeres y niños de Afganistán" (LN, 8-10-01, p. 16A)[7]. En su editorial de ese día, el diario costarricense consideró que este era un "ataque inevitable" y realzó la "gran operación humanitaria" que llevaba a cabo la nación del norte con sus aliados. Esta imagen de bombas y pan no está muy lejana de la representada por la aludida caricatura. ¿Mendigaba pan la nación afgana? ¿Sólo merece ayuda humanitaria un pueblo si junto al apoyo tiene que aceptar las bombas? ¿Pretende Estados Unidos enmascarar su acto genocida con el papel de nación generosa? ¿Acaso sus bombas tienen tan desarrollado el olfato que son capaces de distinguir entre inocentes y culpables, entre "verdaderos" seguidores del Islam y fanáticos y radicales terroristas? ¿Qué diferencia tiene esta cacería de brujas con lo que ellos llaman terrorismo y que los medios masivos siguen repitiendo sin atreverse a revisar la historia y ser un poco críticos?

Contrario a lo que uno espera, los medios masivos utilizan algunas categorías con mucho cálculo a la hora de cubrir y explicar los acontecimientos y las partes que intervienen en el conflicto. Este cálculo es mucho más frecuente en medios acostumbrados a abandonar su "objetividad" y cargar las tintas a favor de quienes patrocinan y satisfacen sus preferencias e intereses económicos e ideológicos. Conceptos como ayuda humanitaria, guerra, terrorismo, violencia y legítima defensa fluyen y refluyen en los medios y en muy raras ocasiones se reflexiona sobre ellos. Estas empresas de la comunicación colectiva consideran como buenas y aceptables y sin ningún tipo de cuestionamiento la guerra, la legítima defensa y la ayuda humanitaria cuando son emprendidas por

[7] Bien debe saber el lector que los misiles no sólo han caído sobre objetivos militares, sino que poblaciones civiles han sido bombardeadas. El mismo gobierno estadounidense ha reconocido sus ñerroresò.

el Estado, mientras que descalifican y condenan el terrorismo y la violencia si sus actores son *los otros*, los adversarios.

Los medios masivos se han puesto en medio del sujeto y la realidad y muchas veces en medio del sujeto y la cultura con tal de maniobrar a su favor la percepción que podamos tener del mundo, de la cultura y de los *otros*. Vacían los conceptos de su verdadero sentido y los resemantizan para que signifiquen lo que en ese momento convenga: silencian unos valores y enfatizan otros. Esta es una de las más seguras estrategias que ponen en juego los medios: no explicar ni contextualizar sus términos. Siempre será necesario un ejercicio de lectura crítica de los productos masivos para poner en evidencia sus sesgos y sus preferencias desde nuestros propios sesgos y preferencias. Desde el momento en que la prensa toma partido por uno de los bandos en conflicto, cualquier discurso que se teja se hará con el propósito de persuadir y movilizar la opinión pública a favor de un sistema de valores y del rechazo de otro. Donde hay mediación existe enmascaramiento, sobre todo si el que media lo hace para filtrar los intereses de su patrocinador. Desde el momento en que se media interesadamente se obstaculiza el encuentro, se aplaza la verdad y se deja por fuera la realidad. Es esta realidad excluida la que puede mostrar el empañamiento del enfoque y la que puede cuestionar las inclinaciones de los que median. La comunicación deja de ser un bien público para convertirse en un bien privado, al servicio de unos intereses particulares y no a favor de los intereses de las grandes mayorías[8]. Los medios no promueven el punto de vista generalizado de la sociedad, sino crean y difunden un punto de vista particular como si fuera el punto de vista generalizado.

Cualquiera que le siga la pista a los conflictos en los que Estados Unidos se ha tomado la libertad de intervenir directa o indirectamente, se dará cuenta en qué consistió la ayuda humanitaria, por ejemplo, que la administración Reagan puso en práctica con los opositores de los sandinistas en Nicaragua. Hasta el país *oasis de paz*, que enarbolaba la bandera de una política de *neutralidad*, sirvió de espacio físico y logístico para que los contras recibieran el abastecimiento de armas, alimentos y medicinas. Bajo esta coyuntura, a los opositores al régimen sandinista no se les llamó terroristas, pese a los saboteos, explosiones, destrucciones de plantas eléctricas y asesinatos cometidos, sino que se les consideró *soldados de la libertad*. Lo mismo sucede ahora con quienes adversan al régimen Talibán: son la Alianza del Norte, equiparados a los soldados de la libertad al atribuírseles los valores tipificados como propios de la civilización occidental: libertad, paz y democracia. Son a ellos a quienes va dirigida la ayuda humanitaria: Estados Unidos organiza, arma y provee a quien se le alía para eliminar a sus capitales enemigos.

Notará el lector que conceptos como rebelde, guerrillero y terrorista no tienen ni han tenido siempre el mismo sentido ni son utilizados para designar a sujetos que ejecutan actos de la misma naturaleza. También caerá en la cuenta el lector que no es lo mismo el terrorismo ajeno y exterior que el terrorismo propio e interior: las causas por las que los terroristas propios cometen sus actos a veces hallan respuesta en la vida traumática que tuvo el individuo (es decir, se evade la explicación sociohistórica y se le dan a los hechos explicaciones psicologistas), mientras que las causas que llevan a los terroristas ajenos a cometer las suyas se remontan, no a explicaciones psicológicas, sino a zonas oscuras y tenebrosas (es decir, se recurre a la satanización del contrario): se busca señalar que el enemigo es más peligroso porque procede por impulsos no racionales y los valores por los que pelea se derivan de una mala interpretación de una fuerza religiosa o de un texto sagrado, es

[8] Cada vez es más central que los medios no sólo difunden ideas, sino que las crean en la opinión pública o contribuyen activamente en crearlas. Plantea Edwuard Shils que los periodistas han venido a reemplazar a los dioses y a los poetas épicos: en ellos está la construcción y permanencia de la vida de los héroes de este mundo: los políticos (ñLa propaganda de las proezasò, en S. Tothman, comp. *Los medios de comunicación en las sociedades democráticas liberales*. Barcelona: Devenir, 1995*)*.

decir, sus valores no emanan de un consenso social, de un pacto o alianza política, que expresaría el carácter civilizado y democrático de los valores.

Rebelde y terrorista son conceptos que varían según el contexto social, histórico, político y cultural y según los intereses políticos, económicos e ideológicos que estén en juego. Todas las naciones tienen sus opositores internos y externos, pero no a todos se les otorga el mismo nombre. Por ejemplo, si los grupos armados surgen al interior de una "sociedad civilizada y democrática", cuyo gobierno posea el aval y el consentimiento de Estados Unidos, los adversarios al gobierno "legítimamente constituido" serán descalificados y condenados tanto por el gobierno de turno y los medios masivos, como por la comunidad diplomática internacional. A esos seres ubicados fuera y contra el orden establecido se les estigmatiza y se les convierte en la causa de todos los males que se desaten en el país en el campo social, político, económico y cultural.

Dentro de esta lógica, las maniobras, las tentativas y los reclamos de los grupos que actúan contra un poder ratificado por Estados Unidos son deslegitimadas de antemano. Quienes están en el poder, no sólo se autoadjudican el papel de acusadores y jueces, sino que también olvidan todo sentido de justicia y de bien común, al limitarse a defender los intereses de unos pocos (aunque digan que todo lo hacen por el país) sin importarles lo justo y válido de los reclamos de quienes están al margen[9]. Bajo esta lógica, los grupos que reclaman y defienden los derechos de los despojados son percibidos y calificados como revoltosos, instrumentalizados por fuerzas contrarias a las de la civilización democrática occidental, tontos útiles y reproductores de una ideología foránea: "Ellos son los herederos de todas las ideologías asesinas del siglo XX", expresó Bush en su primer discurso (LN, 22-9-01, p. 16A). Sólo se reconocen como legítimos y verdaderos defensores de la causa de los pueblos aquellos movimientos que procuren exaltar la armonía del obrero con el patrón. Ser sindicalista, dentro de este contexto, por ejemplo, es sinónimo de conflictivo, polémico, cuestionador y terrorista. En cambio, todo lo que no cuestione ni pretenda transformar el orden recibe el visto bueno y el respaldo social, político, económico e ideológico del régimen constituido.

Por todas estas razones, aquellas fuerzas que busquen defender y perpetuar el actual estado de cosas cuentan con la bendición de las esferas política y religiosa oficiales (Piénsese en el Cardenal Miguel Obando y Bravo y en la familia Bus bendiciendo y procurando que las elecciones en Nicaragua queden en manos contrarias al sandinismo). Paladines de la justicia, guardianes de la libertad, mensajeros de la paz y soldados de las fuerzas civilizadoras y democráticas del mundo son considerados quienes adversan un régimen que no cuenta con el aval ni el reconocimiento de la nación del norte. Cualquier maniobra y cualquier acción de estos guardianes del orden está justificada de antemano. Restaurar la paz, la libertad y la democracia es razón suficiente para bombardear, desaparecer y eliminar al *otro*. Según esta lógica, está permitido utilizar todos los medios posibles para debilitar, resquebrajar y socavar la estabilidad de quienes usurpan el poder y mancillan los derechos fundamentales de mujeres, niños y ancianos. Aunque nunca en su vida hayan pensado en los pobres, en las mujeres y en los niños, bajo estas nuevas circunstancias, las fuerzas del orden enarbolan sus banderas y sus derechos y acusan a los *otros* de ser los opresores y los saboteadores de estas causas.

---

[9] Esta lógica maniquea predomina no sólo en los medios masivos, sino también en los discursos de los mandatarios del continente: creen siempre que sus opositores encarnan los valores del caos, la antidemocracia, anticivilización, el antibienestar, el antidesarrollo y muchos anti más. El contrario es lo que le permite a estos seres democráticos ser la materialización de todas las bondades. Para la presente administración estadounidense el mundo se divide en terroristas y no terroristas. Antes era Comunismo y Capitalismo. Ellos siguen siendo los buenos y los demás los malos.

En este contexto, los medios masivos rastrean, olfatean, hurgan, pesquisan y sacan a relucir los trapos sucios de quienes gobiernan ilegítimamente. Nunca antes se les ha visto con tanto empeño, con tanto ahínco, con tanta mística. Ahora encuentran documentos aquí y allá. Enlazan y arman rompecabezas con las piezas más dispares (Vuélvase a pensar en el periódico *La Prensa* de Nicaragua resaltando todo el lado oscuro del régimen sandinista en el periodo de campaña electoral). Todo con una finalidad: resaltar el carácter autoritario, despótico, fanático, radical, fundamentalista, dogmático, intransigente e intolerante de los tiranos que no piensan en inglés ni son títeres de Estados Unidos. Las notas de prensa destacan de estos líderes sus más bajas conductas, la carencia de sensibilidad, la falta de espiritualidad y de moralidad, la ausencia de respeto por Dios y la religiosidad del pueblo, victimizado por sus tutores espirituales. Para los medios masivos todo esto es verdad. El lector, ante la avalancha de tanta información en el mismo sentido, se siente persuadido a creerlo así. La estrategia de los medios es no contradecirse: todos al unísono de las agencias internacionales de noticias ï que hacen agendaï hablan de lo mismo, acorralan al lector con el mismo punto de vista y crean opinión. Después recogen lo que siembran.

Hasta este momento la prensa internacional y sus intelectuales caen en la cuenta de que la situación de la mujer no es la más envidiable y se le achaca al régimen ilegítimo el haberla hecho objeto de las más crueles humillaciones. Se enfatiza en la sistemática violación de los derechos humanos y en las condiciones infrahumanas de los presos políticos. Los ñmalosò no sólo son acorralados política y económicamente, sino también ideológicamente. Los medios juegan a favor de los vaqueros. ¿Dónde estuvieron los medios durante la dictadura de Pinochet? ¿Qué hicieron con este tirano tan bien apadrinado? ¿Persiguió la prensa internacional los trapos sucios del régimen, menciona a cada rato sus crímenes, recuerda a menudo la lista de los desaparecidos, las torturas a que eran sometidos los presos políticos? ¿Por qué Estados Unidos no entró en Chile a sacar a Augusto Pinochet de donde estuviera? ¿Cuántos millones invirtió en ese régimen para que exterminara a los comunistas? ¿Por qué cada once de septiembre no se publicita y se le muestra al mundo el asalto al Palacio de la Moneda en Chile? ¿Cuáles papeles aportó la nación titiritera para que Pinochet fuera condenado en el juicio de que fue objeto? Se necesita morir de amor por la nación del norte para hacer vista gorda de las atrocidades que se cometen al interior de nuestras "sociedades democráticas y civilizadas".

Saque en claro el lector que no sólo es terrorista quien atenta contra los sagrados valores de nuestras "sociedades democráticas y civilizadas", sino también quienes por defender dichos valores emprender una campaña de exterminio contra los ofensores. Estados Unidos ha respondido con el mismo cálculo, con la misma premeditación y con la misma frialdad con que procedieron los terroristas, pero esto no lo ven los medios masivos. Al seleccionar los blancos, al ir a matar o a morir ha respondido al terrorismo con más terrorismo. Esta lógica terrorista, esta lógica de la venganza, esta ley del talión pareciera que duerme y de pronto se despierta hasta en las mentes más *pacíficas* y *tolerantes* de nuestro medio. Por ejemplo, si el presidente Bush esperaba que alguien de la *Suiza centroamericana* le diera un consejo de cómo proceder, Manuel Formoso, en su artículo "¡Acabar con el terrorismo!", le orienta: "tenemos que hacerlo con gran inteligencia, enorme agudeza y un nivel de sofisticación tan alto como el demostrado por quienes realizaron este brutal acto de agresión a Nueva York" (LN, 11-10-01, p. 19A).

Este intelectual considerará sus palabras como las más cuerdas y sensatas. Al salir a la defensa de la nación del norte, no cae en la cuenta de que equipara a Estados Unidos con los terroristas: el terrorismo que derribó las torres del Centro Mundial del Comercio será reprimido con otro terrorismo. Con la diferencia que el contraataque estará avalado por las leyes y los tratados cocinados por la nación ofendida. Si Formoso llama "acto de megaterrorismo" el ejecutado por

quienes estrellaron los aviones contra las mencionadas torres, ¿qué nombre tendrá el que la nación agredida ha emprendido contra Afganistán? ¿Hiperultramegaterrorismo? Lo único que diferencia a estos dos tipos de terrorismo es que uno cuenta con el interesado apoyo de la comunidad alineada del lado de Estados Unidos ("Somos apoyados por la voluntad colectiva del mundo", dice Bush) y el otro con la desaprobación de la nación más poderosa que ha logrado, a través de los medios masivos de comunicación, amedrentar y persuadir a sus satélites para que repudien las acciones ejecutadas por los otros ("Todos los países pueden elegir. En este conflicto no hay terreno neutral", advertía Bush).

De acuerdo con Jaime Gutiérrez Góngora, otro intelectual del periódico costarricense, excepto la nación agredida, nadie más está acreditado para hablar de terrorismo: "El terrorismo lo define el pueblo afectado. Lo define la víctima... Si el terrorismo es dirigido contra una democracia representativa, el terrorismo lo definen sus representantes. En el caso de lo que sucedió en Nueva York y Washington, el presidente Bush lo calificó de guerra y, por tanto, es guerra" (LN, 25-9-01, p. 15A). Gutiérrez, que pretende rebatir opiniones y prejuicios y desmantelar sofismas, cae en otros más abismales: si "terrorismo es guerra", como él señala, entonces, guerra es terrorismo, según la reversibilidad del discurso; reduce la categoría pueblo a la cúpula en el poder que busca cualquier excusa para llevarle la guerra a cualquiera que desafíe al titiritero: no aceptan invertir millonarias sumas de dinero en la creación de armas, si no las pueden probar y vender a quienes ellos hagan enemistarse. Imagínese el lector si el pueblo de Somalia se lanza contra los almacenes y las fábricas de alimentos y quienes tienen la panza llena y las arcas rebosantes sean quienes tienen que definir qué es el hambre.

Suena la propuesta de Gutiérrez a voz que se impone por la fuerza, como cuando se dirime un asunto alegando que las cosas son así porque así lo digo yo y san se acabó. Si nos atuviéramos a que las cosas las definen las víctimas, de seguro que este autor no está dentro de ese grupo, puesto que no ha sido capaz de percibir, ni siquiera discursivamente, que vive en un pueblo victimizado por los caprichos y antojos de la nación del norte que siempre cuenta con la colaboración y complicidad de los jefes de Estado, la clase dirigente e intelectuales de nuestros pueblos: deuda externa, leyes del mercado, participación subordinada y dependiente en el plano económico. Esta situación no sólo produce pobreza, sino también hambre, desempleo, condiciones infrahumanas de vida, injusticias, etc. Nuestros pueblos no tienen necesidad de definir el hambre o la injusticia o la muerte porque son la imagen viva de esas bombas y minas quiebra futuro sembradas por el capitalismo salvaje que los ha arrasado.

Dentro de este mismo horizonte, Julio Rodríguez, otro columnista de *La Nación*, critica a Fernando Savater porque este filósofo se deja decir que el terrorismo "no representa ninguna alternativa positiva al sistema caótico en que vivimos, sino solo la expresión de los males que favorece" (LN, 14-9-01, p. 17A), y como Savater no señala a Estados Unidos como la única tabla de salvación que nos queda, y en su lugar asocia al terrorismo con una empresa privada, el periodista se ensaña contra el pensador porque no concibe la idea de que un empresario privado sea un asesino: "Cuando ETA asesina en España, ¿son también ellos empresarios privados?" (LN, 17-9-01, p. 21A). ¿Acaso los financiamientos que los gobiernos de Estados Unidos han hecho a las derechas fundamentalistas y reaccionarias del Tercer Mundo no son empresas y capitales privados que se vehiculan para la famosa "ayuda humanitaria" con que generosamente el gendarme del norte nos obsequia? ¿Acaso olvida Rodríguez los escándalos públicos suscitados por estos temas en la prensa de ese país civilizado y democrático?

Es más ético ser cómplice de la víctima que del victimario. Por eso es saludable averiguar quién es la víctima, quién es el inocente y quién es el culpable antes de emprender campaña a favor de la

guerra y antes de prestarse de portavoz de intereses planificados. Estamos acostumbrados a hablar y a escribir la historia de los vencedores y desde los vencedores, a rescatar y a extender la versión de los poderosos, a convertirnos de buenas a primeras en apóstoles de los crucificadores. La solidaridad con las víctimas la terminamos traduciendo en tácito o explícito apoyo a un sistema que no ha sido justo, razón por la que lo único que le llueve del cielo son las mismas bombas que ha sembrado en otras partes del mundo. La maximización de unos y la infimización de otros pone de manifiesto de qué lado se está. El considerar que unos son guerreros y que otros son terroristas expresa el juego de calificación y descalificación que asumimos con quienes simpatizamos y con quienes adversamos. Estas oposiciones duales nos ciegan, nos enredan y nos impiden ver las cosas de un modo más integral: vemos sólo el terrorismo del otro lado y no el que nosotros mismos propiciamos, apoyamos y practicamos. Ideológicamente también somos cautivados y envueltos por las redes de la araña: ella teje y reparte los esquemas con que quiere que veamos, analicemos e interpretemos el mundo.

Otros dos conceptos muy frecuentes en el juego de confrontación entre el orden establecido y sus adversarios son la *legítima defensa* y la *violencia*. Las únicas medidas drásticas válidas son las que toma y ejecuta quien se considera el orden legítimo. Cuando el orden hace la guerra invoca constituciones y leyes nacionales, tratados y acuerdos internacionales para darle un marco de legitimidad a su proceder con tal de que nadie lo acuse de haber violado alguna enmienda. Con este marco, su guerra no puede ser calificada de violencia, sino como "legítima defensa". Dentro de esta perspectiva, matar al *otro* no es calificado de homicidio, asesinato o crimen, sino que se ve como algo natural. No importa si quien mata haya estudiado al enemigo, planeado fría y calculadamente su muerte. A este acto no se le denomina perverso, macabro o satánico. Pero si es el *otro* quien mata, no sólo se le tilda de asesino, sino que se invoca para él todos los estereotipos que se tienen codificados para deshumanizarlo, bestializarlo y satanizarlo: el otro aparece como antisocial, facineroso, inmisericorde, despiadado e infernal ser de las sombras. Dentro de la óptica de las sociedades civilizadas, democráticas y libres, el *otro* no tiene derechos y su acción no cabe dentro de ningún marco legal nacional ni dentro de ningún tratado internacional. En medio de la confrontación, el *otro* aparece como un ser violento y la violencia es su único lenguaje para comunicarse con el resto del mundo.

Realice el lector una revisión rápida de los medios masivos desde que comenzaron los bombardeos sobre Afganistán, y notará que se califica como de guerra legítima y justa la emprendida por Estados Unidos, mientras que se percibe como terrorismo, narcoterrorismo y bioterrorismo las acciones de los otros: la nación del norte defiende los valores del mundo civilizado, mientras que los *otros*, calificados de violentos y criminales, defienden los valores del oscurantismo, del fanatismo y de las tinieblas: "Defendemos no solo nuestras preciosas libertades, sino también la libertad de la gente en todas partes", señala Bush. Mientras unos defienden las sociedades civilizadas, democráticas y libres de Occidente, los *otros* agreden y violentan los valores y los principios fundamentales de esta sociedad: "ese terrorismo se convierte en guerra contra los intereses económicos, las instituciones democráticas, el estilo de vida, la misma paz social, el sosiego personal de una sociedad" (LN, 25-9-01, p. 15A).

Para Estados Unidos fue un acto humanitario armar a los afganos contra los soviéticos y a los *contras* contra el régimen de Ortega. En ambos casos, soviéticos y sandinistas representaban un obstáculo político, económico e ideológico para la expansión colonialista o imperialista de la nación del norte. En aquellos días, quienes adversaban a los soviéticos eran llamados por los estadounidenses paladines de la libertad que enfrentaban valerosamente el comunismo. Ahora, después de la guerra fría, a los mismos combatientes de aquella entonces no se les llama soldados de

la libertad, sino terroristas fanáticos, homicidas radicales y falsos practicantes del Islam. Como un acto de canibalismo, como si fuera una serpiente, el creador sale ahora a exterminar a sus criaturas. Pero también, como en un juego macabro también las criaturas quieren exterminar a su creador[10]. Cree el país del norte que el orden y la justicia internacionales se logran con bombas y ayudas humanitarias. En un intento más por imponer, a como dé lugar, su política y su economía globalizada, ese país vive del miedo y expande su propio temor para que todos se alineen a su favor.

Los actuales rebeldes afganos que aspiran a establecer la paz, la libertad y la democracia adversan hoy a los antiguos paladines de dichos valores. Aquella guerrilla afgana que expulsó a los soviéticos y fue tenida como heroica y salvadora de la patria (como Pinochet), ahora es rebajada a la categoría de terrorista y satanizada como enemigo número uno de la humanidad. Para que los pobres que existen en Afganistán no se alíen a esta bomba atómica que amenaza al mundo entero, Estados Unidos y sus aliados han creído conveniente alimentarlos y armarlos contra quienes puedan detonar en ellos los fantasmas y las aspiraciones de vivir en un paraíso sin globalización económica capitalista. Por esta razón, en esta nueva guerra se les arroja a los pobres pan para mantenerles el estómago lleno y el corazón contento. Pensará el coloso del norte que nadie estará dispuesto a morderle la mano a quien le da de comer.

Espero que todavía nos quede tiempo para pensar en una alternativa que no sea la planteada por Estados Unidos. Los gobernantes de América Latina deberían despertar y poner los pies en nuestro mundo, en nuestra historia y en nuestros dolores antes de salir por cadenas de televisión y en programas de audiencias multimillonarias expresando sus compromisos personales como si fueran los compromisos de nuestros pueblos. Deberíamos tener un poco de vergüenza y dignidad para no terminar como cómplices de genocidas que nos pueden enemistar con gente que no conocemos.

No deberíamos olvidar que el que media distorsiona y empaña con sus propios valores e intereses la percepción objetiva de los hechos. El lector, con ojo crítico, bebe estar consciente de estas redes y procurar destejer las trampas en las que nos pretenden hacer caer, no sólo los medios, sino también quien estas líneas escribe. Mucha de la información que se presenta en los medios es mera publicidad sensacionalista cuyo fin es vender, además del producto, una serie de valores que terminan colonizándonos y haciéndonos más adeptos a la nación que los promueve. Ojalá no nos guste seguir siendo pasto de arañas voraces. Ojalá nos preocupemos por leer un poco más allá de lo que nos permiten los medios masivos, un poco más allá del esquema que ellos utilizan para promover una visión del mundo, de la vida y de la realidad. Ojalá podamos ver esa red que modela y moldea nuestra manera de ver las cosas. Pero sobre todo, ojalá podamos destejer esta maraña de discursos tejidos y vueltos a tejer alrededor de las cosas y logremos poner en evidencia las estrategias con que la araña cautiva a los incautos que se dejan impresionar por los estallidos de llanto y los rostros compungidos de quienes sólo buscan tener adeptos en la guerra que reparte bombas y pan para no ser deshumanizada. Ojalá el lector no se deje cautivar ni convencer por mis palabras y busque también las propias al desenredar esta madeja. Me complacería un lector que disienta y que crítica y creativamente construya y exprese su voz. Sin esa crítica, sin ese abono, sin ese fermento, palideceríamos y nos convertiríamos en carroña de nuestras propias ideas.

[10] Recuerde el lector que Estados Unidos armó hasta los dientes a Sadam Husein y que en 1991 salió a eliminarlo. Lo mismo hizo con Manuel Antonio Noriega en tiempo de Omar Torrijos, pero en 1989 la nación del norte irrumpió en Panamá y capturó a su propia criatura que se le había vuelto nacionalista y rebelde.